

“Proyectos de Paz del Siglo de la Ilustración” (I. Saint-Pierre y Rousseau: planes de paz perpetua, Unión Europea y Naciones Unidas)¹

Francisco Javier Espinosa Antón²
Universidad de Castilla-La Mancha (España)

A lo largo de la historia generalmente se ha visto al abad de Saint-Pierre como un hombre de bien, que era un representante de la iglesia y de la nobleza francesa, que pretendía algunas pequeñas reformas y que planteó un utópico plan de paz pretendiendo crear una especie de Unión Europea. Esta típica y tópica visión deja de lado hechos históricos y textos de nuestro autor que lo hacen uno de los principales personajes de la Ilustración en la primera mitad del siglo XVIII³. Empezaré por presentar un retrato algo más ajustado a la realidad, para después hablar de sus planes de paz perpetua y de su relación con Rousseau.

Nació en la baja Normandía en 1658 y era de familia noble. Su padre administraba justicia y él le acompañaba en esas tareas desde los 15 años. Y con 18 años, después de la muerte de su padre, él seguía ejerciendo de árbitro de paz en conflictos entre particulares. Pasado el tiempo, decía que esa función jurídica no sólo le incitó a ocuparse de las reformas de sistema legal francés, sino también le había ayudado a tener conciencia de la necesidad de establecer un arbitraje de paz entre estados. En el rito de la confirmación cambió su nombre

¹ Este escrito se adscribe al Proyecto “Prismas filosófico-morales de las crisis: Hacia una nueva pedagogía sociopolítica” (FFI2013-42395-P).

Un tratamiento más extenso de algunas de las ideas de esta Introducción se puede encontrar en Francisco Javier Espinosa Antón: *Inventores de la paz, soñadores de Europa. Siglo de la Ilustración*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2012 y en “Los proyectos de paz y el cosmopolitismo en la Ilustración”, en *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, 32 (2014), pp. 5-20, del mismo autor.

² (javier.espinosa@uclm.es): Profesor Titular en la Universidad de Castilla-La Mancha (España), ha escrito numerosas publicaciones sobre Spinoza, algunos filósofos de la Ilustración y algunos pensadores actuales, especialmente en las temáticas del multiculturalismo, el cosmopolitismo y la paz, entre las que destaca *Inventores de la paz, soñadores de Europa. Siglo de la Ilustración* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2012).

³ Véase OLAF ASBACH, *Staat und Politik zwischen Absolutismus und Aufklärung*, Hildesheim, Olms, 2005.

de “Charles-François” por el de “Charles-Irénéé” (“eiréne” significa paz en griego). Una cierta fragilidad física le impidió la carrera militar y le encaminó a la carrera eclesiástica, pero le interesaba mucho más el estudio de las ciencias que el de la teología. Pronto sus inquietudes derivaron hacia la política. Gracias a su origen noble llegó a ser desde 1695 capellán de la duquesa de Orleans, cuñada del Luis XIV y madre del que sería regente a la muerte del “Rey Sol” (1715) hasta la mayoría de edad de su bisnieto Luis XV (1723). Desde esa posición, además de dedicarse a sus amadas obras de beneficencia, accedió a un palco privilegiado para ver de cerca el funcionamiento de la política.

En el mismo año fue elegido miembro de la Academia francesa, de la que sería presidente hasta en 3 ocasiones, gracias al apoyo de su compatriota normando Fontenelle, y eso que todavía no había escrito ningún libro: en la Academia había una lucha entre “antiguos” y “modernos” y se vio en él un posible adalid de los modernos. Perteneció también al círculo del Duque de Orleans, en el que depositaba sus esperanzas de cambios sociales y políticos, sobre todo en el periodo de 1715 a 1723, en el que fue regente de Francia. Pero no hubo los cambios esperados. No estaba claro si el regente y su círculo querían enmendar la política de Luis XIV volviendo a los antiguos privilegios de los nobles o limitar el poder real en un cierto sentido democrático, o probablemente una mezcla un tanto confusa de las dos cosas al mismo tiempo.

Fue en este tiempo cuando se convirtió en un escritor prolífico de ensayos sobre reformas sociales de todos los temas posibles: impuestos, carreteras, consejo del rey, ortografía, educación de niñas, policía, mendicidad, simplificación de los procesos judiciales, matrimonio de los sacerdotes...

Algunos de sus ensayos habían suscitado recelos, y su ensayo de 1717 sobre los impuestos levantó ampollas, sobre todo por las críticas que dedicaba a Luis XIV. Pero con la publicación en 1718 de su *Polysynodie*, en la que proponía que cada ministerio fuere regido por un consejo cuyos consejeros fueran electos, y en la que criticaba fuertemente el absolutismo y el belicismo de Luis XIV⁴ el conflicto estalló. Fue expulsado de la Academia. Él no quiso rectificar y pedir perdón, sino que preparó un discurso para defender sus ideas, pero no le dejaron pronunciarlo. No se permitió elegir a nadie para su sillón, de modo que el vacío representase el castigo de la expulsión. Posiblemente también con ello se quisiera dar un aviso al regente, que no protegió a Saint-Pierre, quizá para no granjearse más problemas, quizá porque sabía que Saint-Pierre iba bastante más lejos que lo que él pretendía con sus reformas políticas. Ni siquiera a su muerte, 25 años más tarde, se le perdonó: no se hizo su elogio

⁴ Decía que el “Rey Sol” podía ser llamado “el Temible”, pero no “el Grande”, como normalmente se le llamaba, porque no había procurado el bien de los hombres en general y porque un poder grande no convierte a un hombre en grande (cfr. GUSTAVE DE MOLINARI, *L'abbé de Saint Pierre*. París, Guillaumin, 1857, p. 12) o que nunca quiso permitir la verdad y la libertad (cfr. OLAF ASBACH, *ob. cit.*, p. 181).

fúnebre, como era preceptivo. Fue D’Alembert, que fue elegido secretario perpetuo de la Academia en 1772, quien quiso hacerle justicia y en 1775, más de 30 años después de su muerte, pronunció el *Elogio del abad de Saint-Pierre*.

Pero la expulsión perpetua de la Academia no le paró; al revés, se sintió con renovadas fuerzas para seguir en su misión y lo hizo promoviendo un nuevo foro para difundir sus propuestas de reforma; así participó en la fundación en 1720 de un club de debate político, según la moda de los clubs ingleses, el *Club de l’Entresol*, que quizás se pensaba que sería el germen de una futura Academia de las Ciencias Políticas. Pero no duró mucho, pues fue cerrado en 1731 por primer ministro, el cardenal Fleury: el gobierno y algunas cancillerías extranjeras estaban alarmados por las críticas políticas que allí se expresaban. Entonces enfocó sus esfuerzos hacia la participación en los salones, como el de Madame Geoffrin, que fue uno de los más importantes en el periodo de floración de la Ilustración, pues lo visitaban D’Alembert, Diderot, Grimm, Helvétius, d’Holbach o Hume. A partir de los años 30 el salón más importante para Saint Pierre fue en de Madame Dupin, que también fue frecuentado por Voltaire, Fontenelle, Rousseau, Montesquieu, Buffon... Saint Pierre fue su guía y consejero y fue ella, como veremos, la que impulsó a Rousseau a escribir sobre los proyectos de paz de Saint Pierre.

Todo este relato es necesario para entender que Saint-Pierre no era un representante del Antiguo Régimen con sueños teóricos utópicos que no cambiaban nada. Es verdad que no tenía la potencia filosófica revolucionaria de un Voltaire, Diderot o Rousseau, pero quería someter todo a la luz de la razón y, desde luego, lo que quería era proponer proyectos prácticos de cambio político y social. Tenía, pues, una vertiente práctica que no tenían los filósofos de la Ilustración, pero que era esencial en otros productos tan esenciales de ésta, como la Enciclopedia.

Y en este marco es en el que tenemos que entender su proyecto más querido: un plan de paz universal y perpetuo. Ya tenía ideas para construir una paz perpetua en 1707. En 1711 hizo una versión impresa de su plan para un círculo interno. En 1712 ya difundía pruebas de imprenta de la obra que se publicaría en 1713 con el nombre de *Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe*. Así que sus ideas no surgieron, como a veces se ha dicho cuando el cardenal Polignac quiso llevarle en 1713 como secretario a las negociaciones de paz de Utrecht, sino antes. Por supuesto que allí intentó difundir sus ideas e incluso a algunos negociadores les había enviado su prueba de imprenta en 1712.

Así se gestó la publicación de su plan de paz en 1713 en 2 gruesos volúmenes bajo el título de *Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe*. Fue traducido al inglés en 1714 y Saint-Pierre añadió un tercer volumen en 1717; después publicó resúmenes del proyecto cada cierto tiempo, en 1729 y

1738, para que no cayera en el olvido. Los escritos de Saint-Pierre sobre su plan de paz fueron un auténtico *best-seller* en el siglo XVIII, pues hubo, al menos, 32 ediciones durante ese siglo. Y eso que eran voluminosos y de pesada lectura, pues repetía frecuentemente las mismas ideas: creía que las cosas se aprendían a fuerza de repeticiones. Se cuenta que en una de las ocasiones en las que se le achacó que esos escritos eran pesados y repetitivos, él le retó al acusador a ver si era capaz de señalar una idea que se repitiera en exceso. Cuando su interlocutor puso varios ejemplos, Saint-Pierre le contestó entonces que viera cómo su procedimiento era tan bueno que había hecho que él pudiera recordar esas ideas tan interesantes. La mayoría de los más de 35 planes de paz del siglo de la Ilustración abarcan a lo sumo unas decenas de páginas, pero el de Saint-Pierre en su primera y principal versión, unas 800. Esto hace que para leerlo sea un tanto necesario tener una selección, como la que presentamos.

Él sabía que mucha gente le ridiculizaba diciendo que sus ideas eran “el sueño imposible de un visionario”. Pero su plan, decía, no estaba basado en idealizaciones del género humano, sino en los que consideraba eran los análisis más realistas de las pasiones humanas y de la situación política de su tiempo. Por eso, aunque alguna vez pensó que su plan se podría realizar en poco tiempo, en otras ocasiones afirmó que habría que esperar 200 años. Después de ese tiempo hemos visto algo de lo que él proyectaba, incluso con los mismos nombres que él utilizaba: “Unión Europea” y “Naciones Unidas”.

El plan era crear un parlamento mundial al que cada estado enviara 4 miembros, con lo que los estados pequeños quedarían igualados con los estados poderosos. Este parlamento resolvería los conflictos entre los estados y debería tener un poder militar suficiente para imponer sus sentencias a cualquier estado. Como muestra de su realismo y ante algunas críticas, en las versiones definitivas de su plan restringió estratégicamente el proyecto sólo a los estados cristianos de Europa y garantizaba el *status quo* de las casas reales europeas, no sólo frente a las reivindicaciones de las vecinas, sino, esto hay que subrayarlo, contra los intentos interiores de derrocamiento y contra las revoluciones⁵. Pero habría que decir que lo importante de Saint-Pierre no fueron todas y cada una de las propuestas que hacía, sino sólo algunas y, especialmente, ser un detonante decisivo para que se pusieran en la agenda intelectual los temas de la paz perpetua, la construcción política europea y el cosmopolitismo político.

El proyecto de Saint Pierre fue muy comentado. Generalmente se decía que era “los sueños de un hombre de bien”, aunque a veces incluso se le ridiculizaba abiertamente, como hizo Voltaire en un epigrama 1725⁶:

⁵ SAINT-PIERRE (Castel de Saint Pierre, Charles-Irénée), abad de, *Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe* [1713], en *Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe*, ed. de Simone Goyard-Fabre, Paris, Fayard, 1986, p. 163.

⁶ Cf. VOLTAIRE (François-Marie Arouet), « Épigramme 38 », *Pièces en vers 3*, in *Œuvres complètes*, A. J. Q. Beuchot, L. Moland (éd.), Paris, Garnier, 1877-1885, t. 10, p. 484-485.

No hace mucho tiempo, del abad de Saint Pierre
 se me mostraba un busto tan perfecto
 que no supe si era carne o piedra,
 tan al detalle el escultor había copiado sus rasgos.
 Por tanto, quedé perplejo y estupefacto
 creyéndome caer en confusión;
 enseguida dije de repente:
 “esto no es más que una imagen;
 el original diría alguna tontería”.

Quizá fue mediante Rousseau como las ideas de Saint-Pierre adquirieron una resonancia más positiva. La historia es que el abad Mably y Madame Dupin tenían interés por difundir las obras de Saint-Pierre unos 10 años después de su muerte y pensaron que Rousseau, que decía sentir veneración por él, podía hacer algunos resúmenes de sus voluminosas obras y hacerlas accesibles al público. Pero el abad había sido un escritor muy prolífico y Rousseau no estaba dispuesto a pasar mucho tiempo haciendo resúmenes. Así que eligió las dos obras que consideraba más interesantes, el proyecto de paz y la *Polysynodie*. Enseguida vio que tenía reparos a algunas ideas de los escritos de paz de Saint Pierre, y como no podía dejar de expresarlos, pero le parecía mal hacerlo en el resumen que le habían encargado, preparó dos obras, un resumen y un juicio crítico. También previó los problemas que podría haber con la censura del gobierno y pensó, en consecuencia, publicar sólo el resumen: al fin y al cabo a él no podrían perseguirlo, porque las ideas eran de Saint-Pierre y él sólo había hecho un resumen. Así que publicó en 1761 *Extrait du Projet de Paix Perpétuelle* y se guardó el juicio crítico, que se publicaría después de su muerte como *Jugement sur le Projet de paix perpétuelle*. Se hicieron ya en 1761 varias ediciones del resumen, una de ellas era una traducción al inglés, que luego se reeditó seis años más tarde; publicó enseguida otra traducción en alemán; también algunas partes del *Resumen* se editaron en una antología de textos de Saint Pierre de 1775⁷. Podríamos decir que Rousseau quedó unido a Saint Pierre en el imaginario de los intelectuales hasta final de siglo en cuanto al proyecto de paz y su importancia en la agenda filosófica.

En el *Resumen* alababa el proyecto de Saint Pierre diciendo que era el proyecto más grande, bello y útil que había concebido el espíritu humano⁸. Pero incluso en el *Resumen* Rousseau no podía resistirse a decir su propia opinión. No pensaba que el plan de Saint Pierre fueran sueños utópicos, pero su análisis de los políticos, afirmaba, no era certero: los príncipes no eran seres que, como

⁷ En SAINT-PIERRE (Castel de Saint Pierre, Charles-Irénée), abad de, *Les rêves d'un homme de bien, qui peuvent être réalisés*, París, Duchesne, 1775, pp. 171-198.

⁸ *Extrait du Projet de Paix Perpétuelle*, ed. de Sven Stelling-Michaud, en JEAN-JACQUES ROUSSEAU, *Oeuvres complètes*, t. III, París, Gallimard, 1964, p. 563.

decía Saint-Pierre, buscasen siempre su propia utilidad (pues entonces verían que nada era más útil para ellos que tener un pueblo rico y en paz, lo que les reportaría a ellos mucho más honor, riquezas y felicidad que las guerras), sino seres dominados por pasiones que obraban muchas veces en contra de su propia utilidad y beneficio. Eran insensatos y pasionales.

El *Jugement sur la paix perpétuelle* no fue publicado hasta 1782, después de la muerte de Rousseau, quizá por el miedo que tenía a los problemas que le podían causar la difusión de estas ideas o quizá porque pensase que estas ideas necesitaban más tiempo para ser mejor perfiladas. En esta obra había una alabanza general a Saint Pierre y a su obra, pero en general el tono era crítico. El problema principal del plan del abad, decía, era señalar la voluntad de los príncipes como la vía de acceso para construir las instituciones europeas que habrían de traer la paz. Pero éstos, guiados por la ambición, confundían, según Rousseau, su interés real (que sería la paz) con su interés aparente (sentirse sin ninguna atadura, ni de las leyes ni de instituciones europeas por encima de ellos); tenían, pensaba el ginebrino, un exceso de la pasión del amor propio. En una de las hojas sueltas de un borrador que Rousseau había escrito acerca de Saint-Pierre aparecía la siguiente anotación: “Hubiera sido un hombre muy sabio [Saint-Pierre], si no hubiera tenido la locura de la razón. Parecía ignorar que los príncipes, como los otros hombres, no se rigen más que por sus pasiones y no razonan más que para justificar las estupideces que ellas les hacen hacer”⁹.

Este exceso de amor propio llevaba a los príncipes a buscar fundamentalmente dos cosas: extender su dominio hacia afuera y hacerlo más absoluto dentro. El proyecto de paz de Saint Pierre no favorecía, como era obvio, el primer objetivo, pues, extendiendo la paz por el continente europeo, detenía para siempre las ansias expansionistas; pero tampoco ayudaba al segundo, pues una tal institución europea que ponía justicia para mantener la paz, parecía decir Rousseau, por su propia naturaleza defendería a los súbditos frente a la tiranía de los príncipes¹⁰, aunque Saint-Pierre afirmaba que el Consejo Europeo defendería el *status quo* de los príncipes frente a los deseos de cambio de sus súbditos. Al filósofo ginebrino le parecía que la propia lógica de la Confederación europea, que tenía como objetivo la felicidad de los ciudadanos, no sólo no debía garantizar el poder mal empleado de los príncipes contra sus súbditos, sino que, al revés, tenía que defender a los ciudadanos contra la tiranía de los gobernantes. Por eso, creía, los príncipes no tenían ninguna voluntad de crear la confederación. Se preguntaba: “¿hay acaso un solo príncipe que no sintiera indignación al verse obligado a ser justo no sólo con los extranjeros,

⁹ Manuscrito de Neuchâtel n° 7858, en JEAN JACQUES ROUSSEAU, *The Political Writings*, ed. de C. E. Vaughan, Cambridge, Cambridge University Press, 1915, vol. 1, p. 360.

¹⁰ *Jugement sur la paix perpétuelle*, ed. de Sven Stelling-Michaud, en JEAN-JACQUES ROUSSEAU, *Oeuvres complètes*, t. III, París, Gallimard, 1964, p. 593.

sino también con sus propios súbditos?”¹¹. Para Rousseau éste era el principal punto débil de Saint-Pierre. Pensaba el ginebrino que no se debía proponer un plan de paz que fuera contra el pueblo o pudiera ser utilizado contra la voluntad del pueblo. Saint-Pierre no se había percatado de que las mismas resistencias que tenían los príncipes para que hubiera un estado de derecho, que protegiera al pueblo de su absolutismo, eran las que tenían a un proyecto de paz perpetua mediante una confederación de estados, que limitase su poder. Si se pensaba que el motor de la política son las voluntades (pasionales) de los príncipes, entonces había que concluir que éstas no permitirían ni que hubiera un tribunal por encima de ellos, ni que el pueblo quisiera determinar su actuación.

Uno esperaría que Rousseau expusiera unos mecanismos más democráticos y más a favor del pueblo para construir esas instituciones europeas. Pero la obra se acaba inesperadamente con un final sorprendente, tan del gusto del estilo paradójico de Rousseau:

Admiremos un proyecto tan bello, pero consolémonos de no verlo realizarse, pues no se podría hacer más que por medios violentos y temibles para la Humanidad. No se ve cómo se puede establecer ligas federativas de otra manera que por revoluciones. Y de acuerdo con este principio, ¿quién de nosotros osaría decir si esta liga es algo a desear o a temer? Ella haría quizás más mal de una vez que el que podría evitar por los siglos¹².

En textos posteriores Rousseau abandonó la idea de una gran federación. El ideal estaba en vivir en naciones pequeñas, que conformaban el carácter y los hábitos morales del pueblo y le inspiraban un ardiente amor a la patria, en las que podía haber una democracia sin tiranía, que siempre se daba en las naciones grandes. En todo caso, estaría bien que esas pequeñas naciones se confederasen para contrarrestar el poder de las grandes. Pero no desarrolló mucho más esas ideas.

Ya que las críticas de Rousseau a Saint-Pierre, como hemos dicho, no pudieron ser conocidas hasta 1782, fecha de la publicación de su *Juicio sobre la paz perpetua*, y, además, esta obra fue apenas conocida, la figura de Rousseau quedó ligada durante mucho tiempo a la de Saint-Pierre como si tuviera sus mismas ideas. En los textos que hemos traducido, algunos párrafos seleccionados de dos obras de Saint-Pierre y el *Jugement* de Rousseau completo, creemos que se puede ver la riqueza de esa confluencia entre los dos pensadores, que fue tan importante para los planes de paz, la construcción de una Unión Europea y la creación de instituciones políticas cosmopolitas.

¹¹ *Ibidem*.

¹² *Jugement sur la paix perpétuelle*, ed. cit., p. 600.

Antología de textos de SAINT-PIERRE

1. Hace aproximadamente cuatro años que, después de haber acabado un primer esbozo de un Reglamento útil al comercio interior del Reino, sabedor por mis propios ojos de la extrema miseria a la que los pueblos son reducidos por los grandes impuestos, conocedor de diversos informes sobre las contribuciones excesivas, sobre revueltas, incendios, violencias, crueldades y muertes que sufren todos los días los desgraciados habitantes de las fronteras de los Estados cristianos; en fin, afectado muy sensiblemente por todos los males que la guerra causa a los soberanos de Europa y a sus súbditos, he tomado la resolución de penetrar hasta las primeras fuentes de ese mal y buscar con mis propias reflexiones si esta calamidad estuviera tan ligada a la naturaleza de los gobiernos y de los soberanos que no tuviera remedio de ninguna manera, y me he puesto a profundizar en este asunto para descubrir si fuera imposible encontrar algunos medios practicables para terminar *sin guerra* todas los conflictos futuros entre los soberanos y para lograr así la paz perpetua entre ellos (*Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe* [1713], en *Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe*, ed. de Simone Goyard-Fabre, París, Fayard, 1986, pp. 9-10).

2. Yo reflexionaba sobre si los soberanos no podrían encontrar alguna *seguridad suficiente* en cuanto al cumplimiento de promesas mutuas mediante la creación entre ellos de un Arbitraje perpetuo y descubrí que si las 18 principales autoridades supremas de Europa, para conservarse en el gobierno, para evitar la guerra entre ellos y para procurarse todas las ventajas de un comercio perpetuo de nación a nación, quisieran hacer un Tratado de Unión y un Congreso perpetuo, más o menos sobre el mismo modelo de los 7 estados de Holanda, los 13 de Suiza o los estados de Alemania, y formar la Unión Europea teniendo en cuenta lo que hay de bueno en estas uniones, sobre todo en la Unión Germánica, compuesta de más de doscientos estados, los más débiles tendrían *seguridad suficiente* de que el gran poder de los más fuertes no podría dañarles, que cada uno guardaría con exactitud las promesas recíprocas, que el comercio no sería nunca interrumpido y que todos los desacuerdos futuros se resolverían *sin guerra* por la vía de árbitros, seguridad que no se puede jamás encontrar sin esto (*Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe* [1713], en *Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe*, ed. cit., pp. 11-12).

3. En el segundo esbozo el proyecto abarcaba a todos los Estados de la Tierra. Mis amigos me han hecho tener en cuenta que, aunque en los siglos siguientes la mayoría de los soberanos de Asia y África pidan ser recibidos en la Unión, este enfoque parece tan lejano y tan lleno de dificultades, que arroja

sobre todo el proyecto un aire y una apariencia de imposibilidad que espanta a los lectores y lleva a algunos a creer que la ejecución del plan, incluso aunque se limitase sólo a la Europa Cristiana, sería imposible (*Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe* [1713], en *Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe*, ed. cit., p. 18).

4. Sin los beneficios de la sociedad cualquier hombre [por rico que fuera] viviría como un salvaje, sin ninguna seguridad ni para sus bienes, ni para la conservación de su familia, ni para su vida misma, que estaría siempre en peligro de ser atacada de improviso y de ser segada por aquel con quien tuviera cualquier disputa. No habiendo ninguna ley que asegurase sus bienes económicos, tendría que luchar todos los días contra la necesidad en una inquietud perpetua por su subsistencia y la de su familia, como sucede entre los salvajes. No he querido mostrar más que un solo aspecto: que es infinitamente más ventajoso a todo hombre estar en *sociedad permanente* con sus semejantes que no estar. De ahí he concluido que a los soberanos cristianos les faltaría un bienestar infinito en tanto que no hicieran entre todos una *sociedad permanente*, para dar al más débil una seguridad suficiente contra el más fuerte, para prevenir los principales puntos de disputa entre ellos, para tener un medio infalible de repartir justicia *sin guerra* con respecto a las pequeñas diferencias restantes y para tener *seguridad suficiente* en cuanto a la continuación del comercio entre todas las naciones cristianas (*Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe* [1713], en *Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe*, ed. cit., pp. 34-35).

5. He mostrado que no habrá jamás ninguna *seguridad suficiente* para el cumplimiento de los tratados de paz y de comercio en Europa mientras que el que no los cumpla no pueda ser obligado por una fuerza suficiente a cumplirlos, y que no encontraremos esta fuerza suficiente mientras que no haya una *Sociedad permanente* entre todos los Estados cristianos (*Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe* [1713], en *Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe*, ed. cit., p. 35).

6. Me parece que he demostrado en el primer Discurso que ni los tratados ni el equilibrio han sido protección suficiente para asegurar a Europa contra las calamidades de la guerra, que de esa forma los soberanos cristianos permanecerán siempre atormentados por guerras perpetuas, que no pueden ser interrumpidas más que por dos tipos de acontecimientos. En primer lugar, por tratados de paz, o más bien por treguas, bastante cortas, que no proporcionarían ninguna *seguridad suficiente* en cuanto a su cumplimiento. En segundo lugar, por una caída de alguna casa real, cuya ruina no hace más que preceder en algún tiempo la de todas las que reinan hoy.

He mostrado también en el segundo Discurso mediante ejemplos consistentes que se puede emplear una protección suficiente contra la guerra. Se trata del establecimiento de una *Sociedad permanente*, compuesta por todos los soberanos cristianos, representada en un Congreso permanente por sus diputados para regular *sin guerra* por una mayoría de tres cuartos los desacuerdos que se vayan produciendo y las condiciones del comercio. Por todo lo que se ha dicho de manera detallada, he mostrado lo que podríamos poner en práctica de la mejor manera. Voy ahora a profundizar en los motivos que pudieron determinar a los antiguos soberanos a formar sus sociedades [el Cuerpo Germánico o los Estados Suizos o los Estados Holandeses] y pueden, consecuentemente, determinar a los nuestros a formar la Sociedad Europea.

Estos *motivos* son las *ventajas* que nuestros Soberanos deben sacar de ello. Así, para demostrar la propuesta que hace el autor de este Discurso [Saint Pierre], bastará comparar las ventajas de los Soberanos cristianos en la situación presente del sistema de guerra casi perpetua con las que tendrían en el sistema de la paz inalterable. Pues si, al repasar todas las ventajas de uno y otro sistema y contrastando las ventajas de uno con las de otro, nuestro claramente que las ventajas son mucho más grandes y mucho más numerosas en el sistema de la paz, la sola comparación suministrará una perfecta demostración de la proposición (*Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe* [1713], en *Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe*, ed. cit., pp. 95-96).

7. Si dos Casas Reales pudiesen darse mutuamente una *seguridad suficiente* de que su acuerdo se cumpliría *sin guerra*, solamente durante ciento cincuenta años, las dos tendrían como provecho neto lo que resultaría de ceder las dos en aumentar su territorio a costa del otro mediante la guerra. Ahora bien, sólo estos dos factores de la continuación del comercio y del ahorro en el gasto militar podrían fácilmente enriquecer el doble a cada uno de los Estados y a cada una de las dos Casas Reales, como lo mostraremos seguidamente. ¿Podrían esperar más mediante el éxito de una guerra de ciento cincuenta años? En el sistema de la guerra, cada Casa Real arriesga con perder todo para alcanzar el doble arruinando a la otra, mientras que, en el sistema de la paz, ni la una ni la otra arriesgan nada, para alcanzar esa misma ganancia doble y ninguna tiene que arruinar a la Casa Real vecina (*Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe* [1713], en *Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe*, ed. cit., pp. 99-100).

8. [...] todo el que tiene algo que temer es dependiente. Y el que tiene mucho que temer está en un estado de gran dependencia. Así verdaderamente se puede decir que todos los Soberanos, por muy independientes que se los imagine, están en un estado de dependencia muy real unos de otros, porque

tienen mucho que temer realmente unos de otros y que una Casa Real está en relación de dependencia en proporción a la fuerza de otras Casas Reales y de sus Ligas defensivas, y esta dependencia es sobre todo más grande para el Soberano que está en la vía de la fuerza, cuya Casa Real está en un peligro continuo de ser derrocada totalmente por uno o muchos enemigos que se convertirán en más fuertes; este Soberano no depende de nadie para tomar las armas, pero, después de haberlas tomado, depende del éxito y éste depende de la fuerza de sus enemigos.

Que se pondere, por el contrario, lo que puede temer en el sistema del arbitraje y se verá que como tiene mucho menos que temer de sus árbitros que lo que tiene que temer de sus enemigos, estará en una independencia¹³ mucho mayor en el sistema del arbitraje que en el sistema de la fuerza (*Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe* [1713], en *Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe*, ed. cit., p. 119).

9. Es claro que si ellos [los soberanos] pudieran encontrar un medio para no tener que temerse nunca, salir de la mutua dependencia sería para ellos una gran ventaja. Como el príncipe más poderoso de Europa puede encontrar o encontrará siempre Ligas tan poderosas como él, si pudiera encontrar un medio de no tener nada que temer ni de estas Ligas ni de ninguno de sus miembros, es claro que saldría del estado de dependencia de hecho, que es siempre muy duro y opresor. Ahora bien, este medio no se podría encontrar nunca en el sistema de la guerra, donde cada uno no tiende más que a la fuerza y a los hechos consumados; por el contrario, se encuentra fácilmente en el sistema de la sociedad y de la paz, donde no se seguirán otras vías que las de la justicia y el derecho, donde nadie tendría que temer nunca nada de otro, porque todos estarían bajo la protección de la Sociedad (*Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe* [1713], en *Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe*, ed. cit., pp. 122-123).

10. Siendo estas ventajas [las que proporcionaría si se siguiera este Proyecto de paz] tan grandes y evidentes, ¿es necesario ser muy sabio y razonable para decidirse a firmar un Tratado que, se mire por donde se mire, es tan ventajoso para todas las partes? ¿Acaso es necesario tener un espíritu muy sublime y una razón exenta de pasiones? ¿No es, por el contrario, este sistema concordante con las pasiones más comunes? ¿No están a nuestro favor los grandes temores y esperanzas? Yo no requiero un soberano perfecto, pero si lo fuera, tanto mejor: el amor por el bien público y el celo por la justicia lo pondrían de nuestro lado; si él no es perfecto, si incluso es injusto, con tal de que desee aumentar sus ganancias y de que dure mucho su Casa sobre el trono, él estará también

¹³ Corrijo la errata del original como también lo hace S. Goyard-Fabre [nota del trad.].

a nuestro favor. Si ama la admiración, soñará con ser el bienhechor de sus pueblos y de todas las naciones y no el azote del género humano. Si le gustan los edificios, los muebles y tener de todo, estaría también a nuestro favor. Si es devoto de la virtud o si se da a los placeres, también está a nuestro favor. Este sistema tiene con qué contentar a todos los tipos de personas y sin paz ninguna persona, sea del tipo que sea, podría jamás, de ninguna manera, vivir colmada (*Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe* [1713], en *Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe*, ed. cit., p. 156).

11. Con respecto a los mahometanos que son vecinos de Europa, los tártaros, los turcos, los tunecinos, los libios, los argelinos y los marroquíes, se me dice que no sería conveniente darles voz en el Congreso e incluso que ellos no lo aceptarían. Pero la Unión, para mantener la paz y el comercio con ellos y librarse de tener que estar armada contra ellos, podría hacer un Tratado con ellos con las mismas seguridades [que el Tratado europeo] y conceder a cada uno de esos pueblos tener un representante en la villa de la paz (*Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe* [1713], en *Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe*, ed. cit., pp. 160-161).

12. Lo que es más importante para un soberano es poder gobernar sus estados con la mayor facilidad, es decir, con más autoridad, de manera que aumentando la felicidad de sus súbditos pueda aumentar la suya propia. Para esto es preciso que tenga seguridad no sólo de que la Unión no pondrá ningún obstáculo en esto, sino incluso que le ayudará con sus recursos a someter a los espíritus rebeldes y a crear las instituciones que él piense convenientes a su propia utilidad y a la de sus pueblos, de modo que la Unión no intervenga jamás en juzgar la conducta de un soberano, sino solamente en apoyar siempre su voluntad. Los soberanos concordarán de buen grado en este artículo tanto cuanto tienen interés en aumentar su autoridad sobre sus súbditos. Cada soberano tendrá tanta más seguridad cuanto el cuerpo de la Unión observe siempre exactamente este artículo, en tanto que los estados monárquicos serán dos tercios de la Unión y los estados republicanos, por otra parte, no tendrán ningún interés en oponerse a este aumento de autoridad: pues, si, por una parte, tienen que temer que muchos príncipes muy sabios en el futuro gobiernen muy amablemente, de manera que los súbditos mismos de las repúblicas quieran establecerse en esta monarquía, por la otra, esas repúblicas tienen que esperar que muchos príncipes poco hábiles deteriorarán, por sus gobiernos odiosos, su mismo estado de tal manera, que muchos súbditos de estos monarcas querrán irse con sus riquezas y sus talentos a los estados republicanos (*Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe* [1713], en *Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe*, ed. cit., p. 163).

13. Propongo a Utrecht como villa para la Asamblea. No la propongo, sin embargo, más que provisionalmente, porque no estoy seguro de que no se pueda encontrar, considerando todos los aspectos, otra que convenga más a la Unión. Pero, a decir verdad, no conozco ninguna en el presente que tenga tantas ventajas para ser preferida.

1. Una ciudad de Holanda me parecía preferible, pues los holandeses, de todos los pueblos de la Tierra son lo que más se dedican al comercio y los más entendidos en él; ¿acaso la ciudad de la paz puede estar mejor situada que entre el pueblo más apacible de todos los pueblos y el más interesado en la conservación de la paz?

2. Si esta ciudad estuviera dentro de una monarquía o en la frontera de dos monarquías, sería menos libre y el Congreso tendría que temer más ser disuelto en un momento por un monarca turbulento e insensato [...]

11. No hay ninguna nación cristiana en donde se encuentre, tanto entre los sabios como entre el pueblo, una mayor disposición a tolerar las otras religiones que en la nación holandesa. Hay que estar de acuerdo en que la tolerancia es una cualidad estimable en una religión falsa, porque tolerar como ciudadanos a los que tienen la dicha de ser verdaderos fieles es tener un proceder honesto, y no es una pequeña ventaja para la ciudad de la paz que su pueblo y sus magistrados estén, por lo general, dispuestos a tolerar con bondad y humanidad a los que son considerados como herejes (*Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe* [1713], en *Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe*, ed. cit., pp. 198-200).

14. [...] no sólo la Convención del Arbitraje Europeo es muy posible, sino que incluso es imposible a la larga que los gobernantes no se determinen finalmente a convenir un arbitraje permanente para regular sus controversias futuras, cuando se den algunas coyunturas favorables en las diferentes crisis de los estados y cuando les lleguen a ser familiares estas reflexiones saludables sobre las inmensas ventajas de una política general.

Por eso, no me contento con decir que este Tratado es muy factible, que esta Institución es muy practicable, que es muy posible. Sostengo, por razones [...] fundadas en la naturaleza misma de los hombres que es absolutamente imposible que no se realice un día. La única cosa que no está clara es el momento en que se realizará, pero me atrevo a decir que este tiempo está más cerca de lo que se cree (*Projet de Traité pour rendre la paix perpétuelle entre les Souverains chrétiens*, Utrecht, Schouten, 1717, en *Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe*, ed. cit, pp. 694-695).

ROUSSEAU, Juicio sobre el Proyecto de paz perpetua¹⁴

El proyecto de paz perpetua, siendo por su objeto el más digno de ocupar a un hombre de bien, fue también de todos los del abad de Saint-Pierre aquél que él meditó durante más tiempo y el que él persiguió con más obstinación, pues difícilmente se puede llamar de otra manera este celo de misionero que no le abandonó jamás en esta cuestión, a pesar de la evidente imposibilidad de éxito, el ridículo al que se entregaba cada vez más y los disgustos que tuvo que soportar sin cesar. Parece que este espíritu sano, únicamente atento al bien público, medía los cuidados que ponía en las cosas sólo por el grado de su utilidad, sin dejarse jamás desalentar por los obstáculos ni pensar en el interés personal.

Si alguna vez una verdad moral fue demostrada, me parece que es la de la utilidad general y particular de este proyecto. Las ventajas que resultarían de su ejecución, ya para cada príncipe, ya para cada pueblo, ya para Europa entera, son inmensas, claras e incontestables. No se puede encontrar nada más sólido y más exacto que los razonamientos por los que el autor las establece. Realizad su República europea sólo durante un año y eso será bastante para hacerla durar eternamente: todo el mundo podría experimentar el provecho que causaría en el bien común. Sin embargo, estos mismos príncipes que la defenderían con todas sus fuerzas si esta República europea existiera, se opondrían de la misma manera a su realización e impedirían inevitablemente su establecimiento, de la misma forma que impedirían que se desvaneciera si existiera. Así, la obra del abad de Saint-Pierre sobre la paz perpetua parece inútil para construir la paz y superflua para conservarla. Es, pues, una vana especulación, diría cualquier lector impaciente. ¡Pero no!, es un libro sólido y sensato, y es muy importante que exista.

Comencemos por examinar las dificultades de los que no juzgan las razones mediante la razón, sino con el criterio de los hechos, y que no tienen nada que objetar a este proyecto sino que no ha sido realizado. En efecto, dirán sin duda, si sus ventajas son tan reales, ¿por qué, pues, los soberanos de Europa no lo han adoptado? ¿Por qué descuidan su propio interés, si este interés les ha sido demostrado tan claramente? ¿Acaso podemos pensar que rechazan, además, los medios de aumentar sus rentas y su poder? Si este proyecto fuera tan bueno para esto, como se pretende, ¿es creíble que fuesen menos devotos de este proyecto que de todos los que les extravían desde hace tanto tiempo, y que prefiriesen mil recursos engañosos a un provecho evidente?

¹⁴ La edición en la que está basada la traducción es la de Sven Stelling-Michaud en Rousseau, *Jugement sur le Projet de paix perpétuelle*, en *Œuvres complètes*, III, París, Gallimard, 1964, pp. 591-600 [nota del trad.].

Sin duda esto es creíble, si se supone que su sabiduría es igual a su ambición y que ven tanto más sus ventajas cuanto las desean con más fuerza, en vez de pensar que el mayor castigo de los excesos de su amor propio es que recurren siempre a los medios que llevan al amor propio a la exageración y que el ardor mismo de las pasiones es casi siempre lo que las hace desviarse de su meta. Distingamos, pues, en política, como en moral, el interés real del interés aparente. El primero se encontraría en la paz perpetua, lo que se demuestra en el *Proyecto*. El segundo se encuentra en el estado de independencia absoluta que aparta a los soberanos del imperio de la ley para someterlos al imperio de la suerte, siendo semejantes a un piloto insensato que, para dar muestra de un vano saber y ejercer su autoridad sobre a sus marineros, preferiría navegar entre peñascos durante la tempestad que mantener firme su barco mediante el ancla.

Toda la ocupación de los reyes o de aquellos a los que encargan sus funciones concierne a dos únicos objetivos: extender su dominación hacia afuera y hacerla más absoluta dentro. Toda otra consideración, o se refiere a alguna de esas dos, o no les sirve más que de pretexto. Así son la consideración del *bien público*, o del *honor de los súbditos*, o de la *gloria de la nación*, palabras eternamente proscritas en el gabinete del gobierno y tan groseramente empleadas en las leyes públicas, que no preludian jamás más que disposiciones funestas, de modo que el pueblo gime de antemano cuando sus señores le hablan de sus cuidados paternales.

Que se juzgue, de acuerdo con esas dos máximas fundamentales, cómo los príncipes pueden recibir una propuesta que choca directamente contra la primera y que no es apenas más favorable a la segunda. Pues se comprende bien que el gobierno de cada estado queda tan determinado por la Dieta europea como sus límites y que no se puede dar garantía a los príncipes frente a la revuelta de sus súbditos, sin garantizar al mismo tiempo a los súbditos frente a la tiranía de los príncipes, pues de otra manera la institución no podría subsistir. Ahora bien, yo pregunto si hay en el mundo un solo soberano que, limitado así para siempre jamás en sus proyectos más queridos, soportase sin indignación la sola idea de verse forzado a ser justo, no solamente con los extranjeros, sino incluso con sus propios súbditos.

Es fácil también comprender que, de un lado, la guerra y las conquistas y, del otro, el progreso del despotismo, se ayudan mutuamente; que a un pueblo de esclavos se le toma a discreción dinero y hombres para subyugar a otros; que la guerra proporciona a su vez un pretexto para impuestos indebidamente exagerados y otro, no menos engañoso, para tener grandes ejércitos a fin de mantener al pueblo a distancia. En fin, cada uno ve suficientemente que los príncipes conquistadores hacen, al menos, tanto la guerra a sus súbditos como a sus enemigos y que la condición de los vencedores no es mejor que la de los vencidos. “He vencido a los romanos -escribía Anibal a los cartagineses-,

enviadme tropas; he sometido a Italia a tributo, enviadme dinero”. Esto es lo que significan los *Te Deum*, las fogatas en señal de reconocimiento y el júbilo del pueblo por los triunfos de sus señores.

En cuanto a las disputas entre un príncipe y otro, ¿se puede esperar someter a un tribunal superior a unos hombres que se atreven a jactarse de no tener su poder más que por su espada y que no hacen mención del mismo Dios más que porque está en el cielo? ¿En sus querellas los soberanos se van a someter a vías jurídicas, cuando todo el rigor de las leyes no ha podido nunca forzar a los particulares a admitir esta salida jurídica en sus querellas? Cualquier caballero ofendido desdeña poner una denuncia ante el Tribunal de los Mariscales de Francia, ¿y pretendéis que un rey la ponga ante la Dieta Europea? Hay además esta diferencia: que el caballero peca contra las leyes y expone doblemente su vida, mientras que el rey no expone apenas otra cosa que a sus súbditos y usa, al tomar las armas, un derecho reconocido por todo el género humano y del que pretende no tener que dar cuentas más que a Dios.

Un príncipe que pone su causa en manos del azar de la guerra no ignora que corre riesgos, pero está menos impresionado por estos riesgos que por las ventajas que se promete, pues teme mucho menos a la fortuna que lo que espera de su propia sabiduría. Si es poderoso, cuenta con sus fuerzas; si es débil, cuenta con sus alianzas. A veces le es útil, con respecto al interior del Estado, purgar los malos humores, debilitar a los súbditos indóciles y soportar incluso fracasos, pues el político hábil sabe sacar ventaja de sus propias derrotas. Espero que se tenga en cuenta que no soy yo el que razona así, sino el sofista de la Corte, que prefiere un gran territorio y pocos súbditos, pobres y sumisos, al imperio inquebrantable que dan al príncipe la justicia y las leyes sobre un pueblo feliz y floreciente.

Es también por el mismo principio por el que se refuta el argumento sacado de la suspensión del comercio, de la despoblación, de los trastornos de las finanzas y de las pérdidas reales que causa una vana conquista. Es un cálculo muy defectuoso evaluar siempre en dinero las ganancias o las pérdidas de los soberanos: el grado de poder que tienen en mente no se cuenta por los millones que se posee. El príncipe hace siempre sus proyectos en círculo: quiere la autoridad para tener riqueza, y riqueza, para ejercer la autoridad. Sacrificará sucesivamente una y otra para adquirir aquella de las dos que le falte; pero sólo por el fin de llegar a poseer al fin las dos al mismo tiempo es por lo que las persigue separadamente, pues para ser el dueño de los hombres y las cosas es preciso que tenga a la vez el poder y el dinero.

Añadamos, finalmente, respecto de las grandes ventajas que para el comercio deben resultar de una paz general y perpetua, que se trata de bienes en sí mismos ciertos e incontestables, pero que siendo comunes a todos, no serán reales para nadie, teniendo en cuenta que tales ventajas no se notan más que en

la comparación y que uno, para aumentar su poder relativo, no debe buscar más que bienes exclusivos.

Sin parar de estar engañados por la apariencia de las cosas, los príncipes rechazarían, pues, esta paz, cuando pesasen sus propios intereses; ¿qué será lo que pasará cuando sean sus ministros, cuyos intereses son siempre opuestos a los del pueblo y casi siempre a los del príncipe, quienes juzguen una cuestión pesando sus propios intereses? Los ministros tienen necesidad de la guerra para convertirse en necesarios, para poner al príncipe en apuros de los que no pueda salir sin ellos y para perder al estado, si es preciso, antes que su propio puesto; tienen necesidad de la guerra para vejar al pueblo bajo el pretexto de necesidades públicas; tienen necesidad de la guerra para colocar a sus protegidos, ganar en los mercados y hacer en secreto mil odiosos monopolios; tienen necesidad de la guerra para satisfacer sus pasiones y derribarse unos a los otros; tienen necesidad de la guerra para apoderarse del príncipe, sacándole de la corte cuando se forman intrigas peligrosas contra ellos. Perderían todos sus recursos con la paz perpetua. ¡Y el público no deja de preguntarse por qué, si este proyecto es posible, ellos no lo han adoptado! Y no se ve que no hay nada imposible en este proyecto, si no es el que sea adoptado por ellos. ¿Qué harán pues, para oponerse a él? Lo que siempre han hecho: lo convertirán en ridículo.

Tampoco debemos creer con el abad de Saint-Pierre que, incluso con la buena voluntad que los príncipes y los ministros no tendrán jamás, es fácil encontrar un momento favorable a la realización de este sistema, pues sería necesario para esto que la suma de los intereses particulares no superarse al interés común y que cada uno creyera ver en el bien de todos el mayor bien que pudiera esperar para sí mismo. Ahora bien, esto demanda una concurrencia de sabiduría en tantas cabezas y una concurrencia de conexiones en tantos intereses, que no se debe apenas esperar del azar la coincidencia fortuita de todas las circunstancias necesarias. Sin embargo, si esta coincidencia no tiene lugar, no hay fuerza que pueda suplirla y entonces no es ya cuestión de persuadir, sino de obligar, y ya no hay que escribir libros, sino reclutar tropas.

Así, aunque el proyecto fuera muy sabio, los medios de realizarlo muestran la simplicidad del autor. Se imaginaba buenamente que no era preciso nada más que reunir un congreso, proponer sus artículos e ir a firmarlos, y que todo sería hecho. Convengamos en que, en todos los proyectos de este hombre honesto, él era capaz de ver bien los efectos de las cosas cuando éstas fueran establecidas, pero los medios para establecerlas los juzgaba como un niño.

Solo quisiera, para probar que el proyecto de la República cristiana no es quimérico, nombrar a su primer autor: pues ciertamente Enrique IV no era un loco, ni Sully un visionario. El abad de Saint-Pierre se apoyaba en la autoridad de estos grandes nombres para renovar su sistema. Pero, ¡qué diferencias hay

en cuanto al tiempo, las circunstancias, lo propuesto, la manera de hacerlo y su autor! Para entenderlo, echemos una mirada a la situación general de las cosas en el momento escogido por Enrique IV para la realización de su proyecto.

La grandeza de Carlos V, que reinaba sobre una parte del mundo y hacía temblar a la otra, le había hecho aspirar a la monarquía universal con grandes medios para el éxito y grandes talentos para emplearlos. Su hijo, más rico y menos poderoso, persiguiendo sin descanso un proyecto que no era capaz de realizar, no dejó de causar continuas inquietudes a Europa, y la Casa de Austria había adquirido tal ascendiente sobre las otras potencias, que ningún príncipe reinaba con seguridad si no estaba a buenas con ella. Felipe III, menos hábil todavía que su padre, heredó todas sus pretensiones. El pavor de la potencia española tenía todavía a toda Europa amedrentada y España continuaba dominando más por la costumbre de mandar que por el poder de hacerse obedecer. En efecto, la revuelta de los Países Bajos, la provisión de armamentos contra Inglaterra, las guerras civiles en Francia, habían agotado las fuerzas de España y los tesoros de la Indias. La Casa de Austria, dividida en dos ramas, no actuaba con el mismo concierto y, aunque el emperador se esforzaba en mantener o recuperar en Alemania la autoridad de Carlos V, no hacía más que alejar de sí a los príncipes y fomentar ligas que no tardarían en eclosionar y que estuvieron a punto de destronarlo. Así se preparaba desde hacía tiempo la decadencia de la Casa de Austria y el restablecimiento de la libertad común. Sin embargo, nadie osaba a aventurarse a ser el primero en cortar el yugo y a exponerse él solo a la guerra. El ejemplo del mismo Enrique IV, que había salido indemne de tan mala manera, desanimaba a todos los demás. Además, si se exceptúa al duque de Savoya, demasiado débil y demasiado subyugado para emprender nada, no había entre todos los soberanos un solo hombre inteligente en situación de formar y sostener la empresa. Cada uno esperaba el tiempo y las circunstancias para encontrar el momento de romper sus cadenas. Ese era en líneas generales el estado de cosas cuando Enrique formó el plan de la República cristiana y se preparó a realizarlo; un proyecto muy grande y admirable en sí mismo, del que no quiero empalidecer su honor, pero que, teniendo por motivo secreto la esperanza de debilitar un enemigo temible, recibía de este presente motivo una fuerza que hubiera difícilmente sacado de la sola utilidad común.

Veamos ahora qué medios había empleado este gran hombre para preparar una tan alta empresa. Consideraremos que el primero es haber visto bien todas las dificultades del proyecto, del tal suerte que, habiendo formado este proyecto desde su infancia, lo meditó durante toda su vida y reservó su realización para su vejez, conducta que prueba primeramente este deseo ardiente y sostenido, que sólo así puede vencer los obstáculos en las cosas difíciles y, además, esta sabiduría paciente y reflexiva que allana los caminos después de un largo trabajo a fuerza de previsión y de preparación. Pues hay

mucha diferencia entre las empresas necesarias, en las que la prudencia misma quiere que se deje algo al azar, y aquellas que sólo pueden ser justificadas por el éxito, pues no teniendo necesidad de hacerlas, no se las ha debido intentar más que a tiro hecho. El secreto que guardó profundamente durante toda su vida hasta el momento de su realización era todavía tan esencial como difícil en un asunto tan importante, donde el concurso de tanta gente era necesario y cuando tantas personas tenían interés en impedirlo. Parece que, aunque hubo puesto a la mayor parte de Europa en su bando y aunque se hubo unido con los más poderosos potentados, no tuvo más que un solo confidente que conoció el plan en toda su extensión y que, por una suerte que el cielo concedió al mejor de los reyes, este confidente fue un ministro íntegro. Así, sin que nadie filtrase nada de estos grandes planes, todo marchaba en silencio hacia su ejecución. Dos veces había ido Sully a Londres; el proyecto era compartido por el rey Jacobo; el rey de Suecia se había comprometido también; la liga con los protestantes de Alemania estaba preparada; se tenía seguridad de la contribución de los príncipes italianos, y todos concurrían al gran fin sin poder decir en qué consistía, como los obreros que trabajan separadamente en las piezas de una nueva máquina de la que ignoran la forma y la función. ¿Qué es lo que favorecía este movimiento general? ¿Era la paz perpetua que nadie presentía y de la que pocos se preocupaban? ¿Era el interés público que no es nunca el interés de nadie? El abad de Saint-Pierre hubiera podido esperarlo, pero realmente cada uno no trabajaba más que por su interés propio, que Enrique había tenido el mecanismo secreto de saber mostrarles a todos bajo una faz muy atrayente. El rey de Inglaterra tenía que librarse de las continuas conspiraciones de los católicos de su reino, todas fomentadas por España. Encontraba además una gran ventaja con la emancipación de las Provincias Unidas, emancipación que le costaba mucho sostener y que lo ponía cada día en vísperas de una guerra que temía o que él prefería hacer de una vez con todos los otros, a fin de librarse de ella para siempre. El rey de Suecia quería asegurarse la Pomerania y poner un pie en Alemania. El Elector Palatino, entonces protestante y jefe de la Confesión de Ausburgo, había echado el ojo a Bohemia y tenía la misma intención que el rey de Inglaterra. Los príncipes de Alemania tenían que reprimir las usurpaciones de la Casa de Austria. El duque de Savoya obtenía Milán y la corona de Lombardía, que deseaba con ardor. El mismo Papa, cansado de la tiranía española, estaba en la misma partida, teniendo en vista el reino de Nápoles, que se le había prometido. Los holandeses, mejor pagados que los demás, ganaban la seguridad de su libertad. En fin, además del interés común de debilitar a la potencia orgullosa que quería dominar por todo el mundo, cada uno tenía un interés particular, muy vivo y muy tangible y que no era contrapesado por el temor de sustituir un tirano por otro, porque se había convenido que las conquistas serían repartidas entre todos los aliados,

excepto Francia e Inglaterra, que no podían quedarse nada para ellos. Esto era suficiente para calmar a los más inquietos respecto de la ambición de Enrique IV. Pero este sabio príncipe no ignoraba que no reservándose nada para sí, sin embargo, ganaba más que ningún otro. Pues, sin añadir nada a su patrimonio, le bastaba con dividir el del único que era más poderoso que él, para llegar así a ser él mismo el más poderoso. Y se ve muy claramente que, tomando todas las precauciones que podían asegurar el éxito de la empresa, no olvidaba aquellas que debían darle la primacía en el cuerpo que quería instituir.

Además, sus preparativos no se limitaban a formar ligas temibles en el exterior, ni a contraer alianzas con sus vecinos o con los de su enemigo. Interesando a tantos pueblos el debilitamiento de la primera potencia de Europa, no olvidaba ponerse en situación de convertirse él mismo en el primer potentado de Europa. Empleó quince años de paz en hacer preparativos dignos de la empresa que meditaba: colmó de dinero sus cofres y sus arsenales los llenó de artillería, de armas y de municiones. Dispuso recursos en mucho más de lo normal para las necesidades imprevistas. Pero hizo sin duda más que todo esto, pues gobernó sabiamente sus pueblos, arrancando de manera suave todas las semillas de división y poniendo un orden tan bueno a sus finanzas que éstas pudieran nutrir todo sin apretar a sus súbditos, de suerte que, tranquilo dentro y temible fuera, se vio en situación de armar y mantener sesenta mil hombres y veinte barcos de guerra, de salir de su reino sin dejar la menor fuente de desorden y de hacer la guerra durante seis años sin gastar sus rentas ordinarias, ni aumentar en un céntimo los impuestos.

A tantos preparativos para la dirección de esa empresa añadid el mismo celo y la misma prudencia que habían formado tanto su ministro como él mismo. En fin, estando a la cabeza de expediciones militares un tal capitán, mientras que su adversario no tenía nada más que oponerle, ¿vais a pensar que algo de lo que podía augurar un feliz éxito le faltaba? Sin haber adivinado su intención, Europa, atenta a sus inmensos preparativos, esperaba el efecto de estos con una suerte de espanto. Un ligero pretexto iba a comenzar esta gran revolución; una guerra, que debía ser la última, preparaba una paz inmortal, cuando un acontecimiento, cuyo horrible misterio debe aumentar su terror, vino a desterrar para siempre la última esperanza del mundo. El mismo golpe que cortó los días de este buen rey sumergió a Europa en eternas guerras de las que no debía esperar ver el fin. Sea lo que fuere, estos son los medios que Enrique IV había concentrado para formar la misma institución que el abad de Saint-Pierre pretendería hacer con su libro.

Que no se diga que, si su sistema no ha sido adoptado, es porque no era bueno; que se diga, al contrario, que era demasiado bueno para ser adoptado. Pues el mal y los abusos, de los que tantas gentes se aprovechan, se introducen por sí mismos; pero lo que es útil al público, no se introduce más que por

la fuerza, teniendo en cuenta que los intereses particulares son casi siempre opuestos a él. Sin duda la paz perpetua es actualmente un proyecto muy absurdo; pero que nos den un Enrique IV y un Sully, y la paz perpetua volverá a ser un proyecto razonable. O más bien, admiremos un proyecto tan bello, pero consolémonos de no verlo realizarse, pues no se podría hacer más que por medios violentos y temibles para la humanidad. No se ve cómo se puede establecer ligas federativas de otra manera que por revoluciones. Y de acuerdo con este principio, ¿quién de nosotros osaría decir si esta liga es algo a desear o a temer? Ella haría quizás más mal de una vez que el que podría evitar por los siglos.

